ALFREDO CARMONA

(MARTES)



Comedia original
en un acto y en prosa

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
SALÓN DEL PRADO, 14, HOTEL
1902

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

DON JAIME "EL CONQUISTADOR"

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ALFREDO CARMONA

(MARTES)

Estrenada en el TEATRO DE SAN FERNANDO de Sevilla el día 25 de Mayo de 1902



SEVILLA

Imp. de FRANCISCO DE P. DÍAZ, Plaza de Alfonso XIII, 6 (antes Gavidia)

1902

REPARTO

Personajes		Actores
ÁNGELA. . . .	(18 años) . .	Srta. Comendador.
DOÑA ROMANA	(30 ») . .	» Quijada.
SUPERIORA . .	(35 ») . .	» Gómez.
DON JAIME . .	(35 ») . .	Sr. Manso.
LUISITO. . . .	(20 ») . .	» Cobeña (D. R.)
D. VALERIANO .	(50 ») . .	» Valera.
JUANA.		Srta. Usua.
GIL		Sr. Díaz Adame.
SERAFINA		Srta. Geijo.

Época actual

La acción en un pueblo de Madrid de regular importancia.

Las acotaciones están tomadas del lado del espectador.

A su querido amigo y compañero don Fernando Ruiz de Bustillos, dedica en prueba de afecto, su primera producción

El Autor

ACTO ÚNICO

Vestibulo-jardin de la casa de Don Valeriano. Al foro, verja con puerta y telón de campo. Á la derecha, bonito pabellón con puerta y balcón á la escena y ventana al público; en segundo término continuación del jardín. Á la izquierda tapia del Beaterio de Esclavas Teresianas, con una puerta practicable al parecer condenada. En el centro de la escena una fuente con su taza y colocados convenientemente algunos árboles y macetas con flores, un velador y dos sillones de ancho asiento.

ESCENA PRIMERA

Aparecen DOÑA ROMANA y la SUPERIORA sentadas, leyendo en libros pequeños. ÁNGELA y LUISITO al lado de la fuente muy atareados en echar pan á los peces.

SUPER. (Leyendo) *Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo...*

ANGELA. ¡Ay! ¡Mira qué monos, Luisito!

SUPER. (Reanudando la lectura) *Meo. Quia respexit humilitatem...*

ANGELA. ¡Se lo comen todo los grandes! ¡Ah! Entretén tú á los mayores mientras yo echo á los pequeñitos por aquí.

LUIS. ¡Qué ingeniosa eres!

SUPER. (A Doña Romana) ¿Ve usted? Es imposible que ese joven siga frecuentando el trato de la niña.

D.ª ROM. Sí, se muestra muy asiduo.

ANGELA. Pero Luisito, ¿qué haces?... !Que vienen para aquí los grandes!

LUIS. ¡Ah! Es verdad.

ANGELA. ¿En qué pensabas?

LUIS. Viéndote partir el pan con tus manos pequeñitas me olvidé...

ANGELA. ¿Qué tienen que ver mis manos pequeñitas?

SUPER. (Que ha estado escuchando) ¡Oh! Hay que evitar esas familiaridades...

D.ª ROM. Sí, es preciso apartarla de la tentación.

SUPER. Ahora mismo. (Llamándola) Ángela.

ANGELA. ¿Mande usted, Madre Superiora?

SUPER. Tengo que amonestarte, hija mía. Con el dibujo y los peces, has pasado toda la mañana entregada á distracciones pueriles.

ANGELA. (Con candidez, como siempre que habla) Es verdad. Aún no he leído hoy á Santa Teresa... ¡Como he estado tan ocupada!... ¡Porque hemos hecho una gran obra! (Como consultando á Luisito) Se la voy á enseñar. (Toma el álbum de encima del velador)

LUIS. (Suplicante) Nó.

SUPER. A ver ¿qué es?

ANGELA. Es... Luisito me recomendó que no lo enseñara á ustedes, pero... ¡como es tan tímido! (Abre el álbum) Mire usted. Ésta del balcón se llama Julieta y éste, Romeo. Son dos jóvenes que se querían mucho, según me ha dicho Luisito.

SUPER. ¡Jesús!

D.ª ROM. ¡Qué inmoralidad!

ANGELA. ¿Inmoralidad, tita?

LUIS. (Aparte) Me he perdido.

SUPER. Y aquí hay un renglón: «Quien pudiera ser Romeo»... (Lee) ¡Qué corrupción!

ANGELA. (A Luisito) ¿Has escrito algo en el álbum?

SUPER. Nada, nada. Vaya, niña. Ve por tus libros de oraciones y no pierdas más tiempo.

ANGELA. Sí; voy por mi mística doctora que me estará echando de menos (Mutis pabellón.)

ESCENA II

DOÑA ROMANA, SUPERIORA y LUISITO

D.ª ROM. ¡Qué perversidad!

SUPER. Esto no puede tolerarse. (Leyendo) «Quien fuera Romeo siendo tú Julieta.»

D.ª ROM. ¡Y pinta dos amantes en liviana postura!

LUIS. (Aparte asustado) ¡La tempestad! (Disponiéndose á marchar) Doña Romana.... si usted no manda....

SUPER. Caballero; esto es una declaración de amor profano. (Volviendo á leer) «Quien fuera Romeo....» ¡Esto es impúdico!

D.ª ROM. Pernicioso.

SUPER. ¡Concupiscente!

LUIS. (Aparte) ¡Descargó la lluvia!

SUPER. Usted quiere abusar de la inocencia de esa niña. ¿No sabe usted que su alma la lleva á Dios?

D.ª ROM. ¿No lo sabía usted, Luisito?

SUPER. ¿No lo sabía usted, joven?

LUIS. (Aparte) ¡Relámpagos!

D.ª ROM. Sabiendo que va á ser monja.

SUPER. ¡Qué corrupción!

D.ª ROM. ¡Qué relajación!

SUPER. ¡Qué profanación!

LUIS. (Aparte) Los truenos.

SUPER. (A Doña Romana) Urge esa medida.

D.ª ROM. (A Luisito) Luisito, lo siento mucho, pero.... no puede usted seguir frecuentando esta casa.

LUIS. (Aparte) ¡El rayo! (Suenan dentro trompetas de caballería que se aproximan tocando una marcha. Luisito mira por la puerta, Doña Romana y Superiora se levantan de sus asientos. Sale Don Valeriano.)

ESCENA III

DICHOS y DON VALERIANO (por el foro)

D.ª ROM. ¡La tropa!

SUPER. Ya están ahí.

D. VALER. Pues señor: estamos aviados. Buenos, Madre Superiora.

D.ª ROM. ¿Qué te pasa Valeriano?

D. VALER. Nada, que vamos á tener un alojado. ¡En esta casa llena de paz!...

D.ª ROM. ¿Van á venir aquí militares?

D. VALER. Sí; el alcalde ha hecho la gracia de mandarme al Jefe.

SUPER. Jesús, un militar aquí. Yo me retiro, hermana.

D.ª ROM. ¡Ay Dios mío!; un militar en casa... Eso es peor que lo de Luisito.

SUPER. Mucho peor.

D. VALER. ¿Peor que lo de Luisito?... Pues ¿qué ha pasado?

SUPER. Lo de siempre. Que ese joven asedia á la niña y que acabará por quitarle la vocación.

D. VALER. ¿Cómo?... ¿Luisito?... ¿Luisito oponiéndose á los altos designios del Señor?... ¡Venga usted acá! (Reflexionando después de llamarle) Pero tengo que recibir al Comandante...

LUIS. (Aproximándose) Otra filípica... ¿Qué manda usted don Valeriano?

D. VALER. (Tosiendo fuerte) Acompáñeme usted. Tenemos que hablar. Hasta luego, Madre Superiora.

D.ª ROM. ¿Vas á salir otra vez?

D. VALER. Sí, voy á ver si encuentro á ese Jefe... (A Luisito marchándose con él) Venga usted acá, joven atrevido... (Mutis foro).

ESCENA IV

SUPERIORA y DOÑA ROMANA

D.ª ROM. (Aparte) ¡Un militar en casa!... Dios mío; ¡qué recuerdos!

SUPER. Me retiro á mi celda, hermana. No puedo estar aquí cuando llegue ese hombre.

D.ª ROM. ¿Y nos deja usted solas?

SUPER. Es preciso. Esos militares son muy osados.

D.ª ROM. Ay, sí. (Sale Angela del pabellón).

ESCENA V

DICHOS y ÁNGELA, á poco GIL

ANGELA. ¡Qué bonito!... ¡Cuanto color! A Luisito se lo he de decir para que lo dibujemos.

D.ª ROM. ¿Qué dices, niña?

ANGELA. He visto la tropa desde mi balcón.

SUPER. ¿Has visto la tropa?

ANGELA. Sí, señora. ¡Cuanta animación! ¡Qué lástima que en el Convento no haya tropa también!

SUPER. ¡Jesús, niña! ¿Qué has dicho?

ANGELA. Ah, es verdad. Que no hay más que mujeres.

SUPER. Loado sea Dios, ¡qué cosas dice la inocencia!... Vaya... ¡á rezar!

ANGELA. A rezar. (Sale Gil)

GIL. (Llegando á la puerta de la verja) ¿Dan ustedes su primiso? (Viene vestido de soldado de caballería y conduce una maleta y un portamanta)

ANGELA. ¡Un soldado!

SUPER. Jesús, un soldado. Que no entre. Me voy...

D.ª ROM. ¿Por qué vendrá aquí?... Trae una maleta...

GIL. (Alzando la voz) ¿Dan ustedes su primiso pa entrá?...

SUPER. Debe ser el alojado; el que dijo Don Valeriano.
D.ª ROM. Madre, ¡si éste es simple soldado!...
SUPER. Será su asistente.
GIL. (Cansado de esperar) ¡Ésta sí que es negra! (Deja los bultos en la puerta y adelanta al centro de la escena) ¿Dan ustedes su primiso?...
SUPER. ¡Ay, que viene! (Mutis por la puerta de la tapia)
D.ª ROM. Sí; pase, soldado. (A Ángela) Niña, vuélvete de espaldas.
GIL. Gracias á Dios. Creí que eran *tinientas.* (Va por los bultos y vuelve á entrar con ellos. Doña Romana está violenta)

ESCENA VI

DOÑA ROMANA, ÁNGELA y GIL

D.ª ROM. (A Ángela) Niña, márchate. Nó, no te marches. Ahora nos iremos juntas.
ANGELA. ¡Qué bonito uniforme!
D.ª ROM. Niña, no recrees tu vista en el hombre. El hombre es el peor enemigo de la mujer... ¡según la Madre Superiora! No mires.
GIL. Pues yo vengo... porque el Alcalde ha alojao á mi amo en ésta su casa. (Aparte) Paice que están asustás.
D.ª ROM. (Sin saber qué decir) Bueno.
GIL. Usted dirá donde dejo los portaviandas (Señala los bultos.)
D.ª ROM. ¡Ah! la maleta.
GIL. Ú la maleta, como quiera decirse.
D.ª ROM. (Señalando á la derecha, segundo término) Allí; en aquel pabellón.
GIL. Pues con su primiso. (Váse mirando á un lado y á otro) Camará, qué bien se debe comer en esta casa, (Mutis.)
ANGELA. ¡Qué gracioso!... Decirle á la maleta portaviandas.

D.ª Rom. Vamos, niña; aprovechemos este momento para librarnos de visiones mundanas.

Angela. ¿Pero es malo mirar á los soldados?

D.ª Rom. Sí, hija. Entre los paisanos podrás encontrar alguno bueno, pero entre los militares.... ni uno mediano.... ¡por desgracia! Vámonos. Le mandaremos á Juana. (Mutis por el pabellón)

ESCENA VII

GIL, á poco DON JAIME y SERAFINA

Gil. (Saliendo) Pues ya está. ¡Calle! Se han marchao. Esto sí que tié gracia. Entro y se larga una, vuelvo la espalda y se largan las otras dos.... ¡Y vayan tres barbianas! Ya le ha caído que hacer al Comendante.... ¡Él, que no perdona una!... Dicen que los tinientes le han puesto Don Jaime el Conquistador.... Pero.... aquí viene. ¡Y como siempre; conquistando! (Sale Don Jaime acompañado de Serafina y quedan detrás de la verja hasta que acaba su diálogo.)

Serafina Esta es la casa, señorito.

D. Jaime. ¡Oh! muchas gracias, lindísima Galatea.

Serafina Nó, señor; Serafina.

D. Jaime. Pues bien, Serafina.... ó Querubina; muchas gracias y acuérdate de mí.... cuando te vayas á echar novio.... ¿Ó lo tienes ya?

Serafina Nó, señor.

D. Jaime. Pues es lástima que esos ojos tan bonitos.... (Tomándole la cintura.)

Serafina (Dejándose abrazar) Estése usted quieto.

D. Jaime. ¡Diablo! Me había olvidado que estamos frente á mi alojamiento... Vaya, Serafinita; toma para flores.

Serafina. Nó, señor.

D. Jaime. Pues déjate ver luego. Te pagaré el favor con un abrazo y todos los besos que tú quieras.

SERAFINA. ¡Ay! Eso tampoco. Con Dios, señorito.

D. JAIME. Adiós, hermosa. (Vase Serafina. Don Jaime entra en el vestibulo) Bonita casa.

GIL. (Saliendo á su encuentro) Señorito...

D. JAIME. Hola, Gil. ¿Ha venido el dueño de la casa?

GIL. Nó, señor.

D. JAIME. Con seguridad me anda buscando... ¡Esta debilidad mía!... Le dejo en la plaza y entro en conversación con la confitera... ¡una confitera magistral! No he visto en mi vida unos merengues ni unos desniveles corpóreos como los suyos. Me los dá á probar—los merengues—y enseguida me mete en la trastienda y empezamos á charlar y... ¡Hasta que me acordé del señor éste que quedó esperándome!... Bueno, vamos á ver ¿quién te ha recibido aquí?

GIL. Pus tres hembras... digo, tres señoras hasta allí.

D. JAIME. ¡Diablo! ¿Guapas? ¿Jóvenes?

GIL. Jóvenes... y menos jóvenes.

D. JAIME. Cuenta, cuenta.

GIL. Pus ya se acabó el cuento, porque asina que me vieron echaron á correr.

D. JAIME. ¿Cómo?

GIL. Una se largó por ahí; otra me dijo que metiera la maleta en aquel pavillón, y cuando salí... ¡la del humo!

D. JAIME. Diablo, diablo, ¿misterios á mí? ¿Guapas, jóvenes y con misterios?... ¡Oh delicia!

GIL. Señorito, alguien viene. (Salen por el foro Don Valeriano y Luisito; luego la criada Juana, del pabellón. Luisito, después de saludar al Comandante, va á mirar por la puerta del pabellón)

ESCENA VIII

DICHOS, DON VALERIANO, LUISITO y JUANA

D. JAIME. ¡Señores míos!...

D. VALER. Ah; ¿ya está usted aquí?

D. JAIME. Tiene usted que dispensarme. Me perdí. Una muchacha del pueblo me ha conducido hasta aquí.

D. VALER. Bueno, bueno. Pues ha tomado usted posesión... ¿Ha visto usted á mi familia?

D. JAIME. Aun no he tenido ese honor.

D. VALER. Vaya, vaya... (Reparando en Luisito) Perdone usted (Se acerca á Luís) Luisito, decididamente; no quiero que tontees con una niña que va á ser monja.

LUIS. Pero don Valeriano.

D. VALER. No hay don Valeriano... No quiero verte más por aquí.

LUIS. (Afligido) ¿Me echa usted?

D. VALER. Las santas ideas son lo primero. (Le indica con un gesto la puerta. Luisito se marcha cabizbajo. Sale Juana).

JUANA. (Saliendo) Ese debe ser.

D. VALER. Y tú; ¿qué buscas aquí?

JUANA. Me ha mandado la señorita para que me entienda con un soldado.

D. VALER. (Sobresaltado) ¿Para que te entiendas?... Señor Comandante, desearía que su asistente... no se entendiera con las criadas.

D. JAIME. Comprendido... Gil, nada tengo que recomendarte. Mucho respeto á los mujeres y... no digo más. ¡A preparar los chismes de limpieza!

GIL. (Marchándose) Ya hizo mi amo el cartel á costa de mí.

D. VALER. (A Juana) Y tú, márchate á tus quehaceres (Vase Juana por el pabellón) (A D. Jaime) Le he dicho á usted eso porque yo soy muy amante de que se respeten las leyes del pudor... ¡Las santas ideas son lo primero!

D. JAIME. Oh; no tenga usted cuidado señor don...

D. VALER. Valeriano; Valeriano Camposagrado.

D. JAIME. (Aparte) Camposagrado... Camposagrado... (A don Valeriano) Jaime Revilla, su servidor.

D. VALER. Revilla... Yo recuerdo ese apellido... No sé. (A Don Jaime) Pues sí, Don Jaime. En esta su casa se vive en completa paz. Toda mi familia la componen mi hermana y mi hija.

D. JAIME. (Aparte) Ya tenemos dos.

D. VALER. Ambas sienten desmedida afición por el claustro.

D. JAIME. (Aparte) ¡Malo!

D. VALER. Esto no me agrada mucho, pero... las santas ideas... Si ellas profesan yo iré á terminar mis días á un monasterio.

D. JAIME. (Aparte) ¡Diablo! Vaya una familia para conservar la especie.

D. VALER. Pero estoy contando á usted cosas que no le interesan y usted querrá arreglarse, descansar...

D. JAIME. Descansar, nó. Pero me quitaré un poco de polvo y luego, si no tiene usted inconveniente, iré á ofrecer mis respetos...

D. VALER. Oh; ninguno. Hasta luego, pues.

D. JAIME. Hasta luego, amable huésped.

D. VALER. (Marchándose por el pabellón) Vaya, vaya. Parece un buen señor este Comandante.

ESCENA IX

DON JAIME, á poco LUISITO

D. JAIME. La hermana y la hija son dos, pero... ¡me falta una!... Camposagrado... Este apellido parece que va unido en mi recuerdo á una mujer... Camposagrado...

LUIS. (Por el foro) Ya se ha ido Don Valeriano... Dios mío, ¡ella monja!... ¿Por qué habré sido yo tan tímido?...

D. JAIME. (Reparando en él) ¡Hola, joven! ¿Busca usted á don Valeriano?

LUIS. (Con tristeza) ¡Don Valeriano!

D. JAIME. Caramba, joven; ¿qué le pasa? Parece usted un inconsolable que se va á suicidar.

LUIS. No tengo valor para eso.

D. JAIME. Vamos ¡como si lo viera! Amores contrariados. Usted tiene una novia y los padres le rechazan á usted. ¡Como si lo viera!

LUIS. Nó, señor.

D. JAIME. ¡Ah!... Entonces es la bella quien le ha dado á usted calabazas.

LUIS. Nó, señor.

D. JAIME. ¡Ah!... Entonces hay un rival que estaba... Acerté.

LUIS. Nó, señor.

D. JAIME. ¡Diablo! Pues no lo entiendo.

LUIS. Es que ella quiere entrar en un Convento.

D. JAIME. Ah, vamos ¿conque usted pretende á la niña de Camposagrado? ¡Como si lo viera!

LUIS. Sí, señor.

D. JAIME. Pero hombre ¿quién le mete á usted en empresas imposibles? ¿Quién le mete á usted en campo sagrado? ¿No se lo dice el apellido?

LUIS. Es que ella... Ella va al Convento por obediencia á su familia.

D. JAIME. ¡Hola! ¿No tiene vocación?

LUIS. Es una niña... muy buena... muy inocente... y la tienen sugestionada.

D. JAIME. ¿Sugestionada?... ¡Pobrecita!... Ella será hermosa... tipo fino...

LUIS. Sí, señor.

D. JAIME. Blanca... ojos azules .. pie breve...

LUIS. Sí, señor; sí, señor.

D. JAIME. Ligera como una mariposa... ¿Sabe usted que ya me intereso por sus amores?... Es una lástima robar esa niña al mundo.

LUIS. ¿Que si es lástima?... Mírela usted. Aquí sale. (Sale Ángela del pabellón)

ESCENA X

DICHOS y ÁNGELA

ANGELA. (Deteniéndose sorprendida) ¡Ah! ¿están ustedes aquí?...
D. JAIME. ¿Esta es?... ¡Divina! (Saludando) Señorita...
ANGELA. (Suspensa) Creí que no había nadie...
D. JAIME. Si importunamos...
ANGELA. Nó, nó; creí que no había nadie. Perdonad... (Mutis por el pabellón)
D. JAIME. ¿Esa es la de Camposagrado?... Ay, joven, eso es un ángel. (Va hacia la puerta del pabellón)
LUIS. ¿Qué va usted á hacer?
D. JAIME. Nada, nada. ¡Es un ángel!
LUIS. ¡Qué bonita!... ¿No es verdad?
D. JAIME. ¡Ideal! Joven, yo he tratado mujeres de todas las bellezas... pero le envidio á usted.
LUIS. ¡Ay!
D. JAIME. Hombre; ¿no tiene usted valor para evitar que profese; no es usted capaz de robarla; de decirla «¡ven, huye conmigo!»; de saquear su casa, de incendiar el convento?...
LUIS. Nó, señor.
D. JAIME. Pues yo lo seré por usted.
LUIS. ¿Usted va á incendiar el convento?
D. JAIME. Hombre, nó; no tanto. Hay otros medios... ¿Cómo se llama?
LUIS. Luís Enríquez y Amable.
D. JAIME. Nó; digo ella.
LUIS. Ángela.
D. JAIME. Angelita... Bien. ¿Y usted, Luís?
LUIS. Sí, señor; Enríquez y Amable.
D. JAIME. (Sorprendido) ¿Amable?... ¿Tiene usted familia en Madrid?
LUIS. Una tía por parte de madre.

D. JAIME. ¿Una señora alta, rubia, con un lunar aquí y otro...

LUIS. Sí, señor; ¿la conoce usted?

D. JAIME. Ya lo creo... ¡Caramba; qué casualidad! ¿Y es tía de usted?

LUIS. Sí, señor. También es Amable.

D. JAIME. ¡Oh... amabilísima! Es decir... ¿Conque sobrino de?... Aseguro á usted que trabajaré por su felicidad.

LUIS. Gracias, señor Comandante. Usted es mi padre.

D. JAIME. Nó; nada más que tío... Bien. Quedamos en eso.

LUIS. Sí, señor... ¡Ay! me parece que oigo la voz de la tía!

D. JAIME. ¿De la tía de ella?

LUIS. Sí. Creo que viene para aquí. Que no me vea ó todo se pierde. Hasta luego, señor Comandante. (Vase por el foro).

D. JAIME. Adiós... Yo estoy todo una facha. Voy á arreglarme un poco y vuelvo... Ángela... ¡Ideal! (Vase por la derecha, segundo término)

ESCENA XI

DOÑA ROMANA y á poco ÁNGELA

D.ª ROM. (Asomándose por la puerta del pabellón). No hay nadie. (Sale). Dios mío, ¿será él?... Valeriano dice que se llama Jaime Revilla... ¡Jaime!... El que me juró amor eterno, el que cogió las primicias... ¡Ay! La providencia le trae para poner á prueba mi virtud.

ANGELA. (Asomándose al balcón). Ya se ha ido... Y está mi tita... ¡Tita!

D.ª ROM. Niña ¿qué haces ahí? Por qué has dejado la lectura?

ANGELA. Me asomé á ver si se había ido ya el militar. Hace poco estaba ahí. ¿Le ha visto usted?

D.ª Rom. ¡Nó! No lo he visto ni quiero verlo.

Angela. ¡Pues es más bonito!...

D.ª Rom. ¡Angela!

Angela. Digo el uniforme. Todo azul como el cielo.

D.ª Rom. ¡Como el Cielo!... Niña, sal. Vente á mi lado.

Angela. Voy volando (Desaparece del balcón).

D.ª Rom. ¡Como el cielo!... Así me parecía á mí entonces... ¡Ay, que tiempos tan felices!... ¡Jesús, lo que estoy diciendo!

Angela. (Saliendo) Ya estoy aquí. ¿Qué quiere usted, tita?

D.ª Rom. Ven; siéntate á mi lado. ¿Qué señas tiene ese militar?

Angela. Es muy fino; tiene los ojos muy vivos, muy brillantes... y una barba muy rizadita...

D.ª Rom. (Aparte) ¡Son sus señas! (A Angela) No te separes de mí. (Aparte) Tengo miedo de que se presente de pronto.

Angela. ¡Y tiene un sable más largo!...

D.ª Rom. ¿Muy largo?... ¿Y cómo sabes tú todo eso?

Angela. Porque bajé por las «Meditaciones» y le ví... ¡Ah! Mire usted, aquí viene.

D.ª Rom. (Mirando hacia la derecha conmovida) ¡Jesús!; es él... ¡Es Jaime! (A Angela) Angela, niña... (Aparte) ¡Viene hacia aquí!

Angela. ¿Qué quiere usted, tita?

D.ª Rom. Acércate, reza, lee; (Abren sus libros; aparte cerrando el suyo) Ay, nó; no tengo valor para resistir su mirada... (A Angela) Voy á... (Marchándose hacia el pabellón) Es Jaime... ¡Jaime! (Mutis)

ESCENA XII

ANGELA y DON JAIME (Sin sable y de gorro)

Angela. Se va mi tita.

D. Jaime. (Saliendo derecha, segundo término) ¡Oh; está la niña sola... Bellísima... (Presentándose) Señorita...

ANGELA. (Levantándose) ¡Ah!...

D. JAIME. No se asuste usted joven. Los militares no hacemos daño á los ángeles... ¡No huya usted! (El acento de este personaje siempre que enamora es tierno y afectuoso sin perder el lado cómico. Alguna vez podrá exagerar sus insinuaciones).

ANGELA. Nó; no señor; pero...

D. JAIME. Quédese usted. Así podré figurarme que estoy en la gloria.

ANGELA. Debo irme...

D. JAIME. No sea usted cruel. Ay, Angela; ¡qué desgraciados hace usted á los hombres!

ANGELA. Caballero...

D. JAIME. Y entre todos á Luisito. Cuando salió usted antes, me estaba hablando de usted.

ANGELA. ¿Qué le decía?

D. JAIME. (Aparte) ¡Hola! Curiosidad infantil. (A Angela) Me contaba las gracias de usted, pero... en vano. Ni él pudo expresarme ese brillo de sus ojos, ni esa pureza de su boca, ni ese conjunto de gracias en capullo, que anuncian á la que ha de ser rosa exhuberante.

ANGELA. ¡Ay, Jesús!...

D. JAIME. (Tomando una flor de una maceta inmediata) Una rosa como esta. Permítame usted que se la ofrezca.

ANGELA. (Tomándola después de vacilar) Gracias.

D. JAIME. Y también me dijo Luisito una cosa que me resisto á creer. Que iba usted á ser monja y que no consentía amores... Se equivocan... ¿no es verdad?

ANGELA. Jesús; señor militar, permítame usted...

D. JAIME. Ellos porque la imaginación de usted se complace hoy en cosas santas, propio de la edad, creen que su corazoncito es insensible; que está muerto para el amor humano... Diga usted que nó. Lo que está es dormido en sus dieciocho años, espe-

rando que llegue el que ha de llegar y le despierte diciéndole: ¡Ámame!

ANGELA. ¡Qué bonito!... Pero yo no puedo oir eso. Eso es malo.

D. JAIME. ¡Oh! no lo crea usted.

ANGELA. Sí; son lazos del Enemigo; como dice la madre superiora. (Marchándose) Me voy... Con permiso de usted...

D. JAIME. (Siguiéndola) Ángela; no me huya. Déjese usted querer.

ANGELA. (Marchando de prisa) Sí, señor; sí, señor. (Mutis por el pabellón.)

ESCENA XIII

DON JAIME

¡Inocente!... ¡Angelical!... Son mis palabras para ella una música dulcísima que oye, queriendo no oir. ¡Una conquista más!... Lástima que en ésta trabaje para mi sobrino... Ha escapado, pero... va herida. Volverá. (Mutis segundo derecha.)

ESCENA XIV

DOÑA ROMANA y SUPERIORA

D.ª ROM. (Por la puerta del pabellón) Si yo tuviera duda de que es él, lo que he oído bastaría... ¡Ha enamorado á Ángela!... Ha empezado á fascinarla con sus palabras de miel!... ¡El mismo; siempre el mismo!... ¡Ay! Yo debo decirlo á la madre superiora. La niña peligra. (Va hacia la puerta de la tapia. Ésta se abre y aparece recatadamente la superiora.)

SUPER. ¡Ah! ¿Es usted, hermana?

D.ª ROM. Precisamente iba á buscarla.

SUPER. ¿Qué ocurre? ¿Puedo entrar descuidada?

D.ª ROM. Sí; ya se fué. (Sale la Superiora) ¡Ay, madre! Yo necesito su consejo.

SUPER. ¿Qué ha pasado?

D.ª ROM. Madre, la niña peligra.

SUPER. El militar...

D.ª ROM. Ha llegado... y la ha enamorado...

SUPER. ¡No pierden ripio! Hermana, hay que luchar para robar esa presa al Malo.

D.ª ROM. Sí, señora.

SUPER. Llame usted á la niña. Me la llevaré conmigo... la exhortaré... Hay que adelantar su entrada en el convento.

D.ª ROM. Sí, sí señora (Aparte) ¡Y la mía! (Marchándose hacia el pabellón) ¡Ay; qué trastorno ha traído ese libertino! (Mutis.)

ESCENA XV

SUPERIORA, después ÁNGELA y DOÑA ROMANA

SUPER. Sí; al convento; hay que librarla de las tentaciones. Esa inocente niña es mi retrato cuando yo tenía veinte años... Ella vive en la mayor pureza de ideas... Como yo. Y viene un militar, un angel malo que la deslumbra y la incita al pecado... ¡Igual; igual que yo! Jesús, hay que salvar á esa niña.

D.ª ROM. (Saliendo con Ángela) Quiere hablarte... Aquí está.

ANGELA. (Yendo á la Superiora y besando su mano) ¿Qué quiere usted, madre superiora?

SUPER. Ven, hija mía. (Fijándose en la flor que trae en el pecho.) ¡Se ha engalanado!... Niña, ¿Qué quiere decir esta flor?

ANGELA. ¡Ah! Me la dió antes el militar, y como es tan bonita...

SUPER. ¡Jesús!

ANGELA. ¿He hecho mal en ponérmela? (Se quita la flor).

SUPER. (Aparte) ¡Se compone!... Se ha despertado su vanidad... (á Ángela) Arroja eso, hija mía...

ANGELA. (Dejándola caer) Qué lástima... El regalo...

SUPER. Dios mío. Este ángel pierde sus alas... Ven niña. Vamos á pasear por la huerta. Tenemos que hablar mucho.

ANGELA. (Olvidando la flor) ¿Sí?

SUPER. Sí; cogeremos manzanas.

ANGELA. Ay; vamos, vamos.

SUPER. (A Doña Romana) Me la llevo porque está en inminente riesgo... Hasta luego. (Mutis por la tapia).

ESCENA XVI

DOÑA ROMANA, después DON JAIME

D.ª ROM. ¡Ay!... Á mí también debía llevarme. Pienso mucho en el tiempo pasado, en el uniforme color de cielo, en la barba rizadita... ¡Ay, qué pensamientos! (Sale Don Jaime segundo derecha) ¡Jesús; él!

D. JAIME. ¿Habrá vuelto?... Pardiez, una señora... Y su rostro no me es desconocido... ¡Ah! Camposagrado... Romana.

D.ª ROM. ¡Él! Dios mío, ¡qué situación más difícil!

D. JAIME. Mi antigua idolatrada Romana... ¡Qué coincidencia! (Avanza).

D.ª ROM. No sé qué hacer. Siento su mirada fija en mí y me arde todo este lado... el lado del corazón.

D. JAIME. (Deteniéndose para recapacitar) Eso es. D. Valeriano es aquel hermano suyo y Ángela, aquella pequeñita con la que iba á misa. (Adelanta más).

D.ª ROM. (Asustada) ¡Se aproxima! (Se aturde y al pretender marcharse deja caer una silla al suelo. Retrocede para cogerla, pero don Jaime se adelanta y la coloca bien). ¡Ah!... Caballero...

D. Jaime. (Inclinándose) Señora... (Aparte) Qué hermosa está todavía.

D.ª Rom. (Aparte) ¡Qué bien se conserva!... (En voz alta) Tropecé... Muchas gracias.

D. Jaime. No hay de qué... Por casualidad me encontraba aquí... He tenido el honor de ser alojado en esta casa.

D.ª Rom. Sí.. ya me dijo mi hermano...

D. Jaime. (Pausa. Ninguno sabe qué decir) Pues sí; alojado... con mucho gusto... (Suspira y se aproxima á Doña Romana.)

D.ª Rom. (Suspirando también) El gusto es nuestro...

D. Jaime. (Aparte) Pardiez; siento reavivarse todo el fuego de aquel tiempo.

D.ª Rom. (Aparte) ¡Ay! Tiemblo á su lado.

D. Jaime. Y... ¿ha visto usted qué calor?

D.ª Rom. Sí... mucho.

D. Jaime. (Acercándose más) Se respira con fatiga... Parece que cuesta trabajo el hablar... No se encuentran palabras...

D.ª Rom. Nó... no se encuentran.

D. Jaime. (Muy cerca de ella mirándola fijamente) Y el corazón arde con tanto calor... ¡Parece que quiere romper sus válvulas!

D.ª Rom. (Mirándole también y retirando la vista enseguida) ¡Dios mío, me subyuga!

D. Jaime. Hasta que las rompe... ¡Romana de mi alma!

D.ª Rom. (Seducida) ¡Jaime! (Viendo á Don Valeriano que sale en este momento del pabellón). ¡Ah! mi hermano; el ángel de mi guarda. (A Don Jaime disimulando.) Caballero...

D. Jaime. (Aparte). ¡Don Valeriano! (A Doña Romana) Señora...

ESCENA XVII

DICHOS y DON VALERIANO

D. Valer. (Aparte). El Comandante con Romana... (A Don Jai-

me). Señor Comandante ¿necesitaba usted alguna cosa?

D. JAIME. Nada mi querido Don Valeriano. Paseaba por aquí cuando salió su señora hermana y en este momento la saludaba...

D. VALER. (Satisfecho) ¡Ah!...

D.ª ROM. (Aparte). ¡Cómo finje!

D. JAIME. Estoy encantado en esta casa. Hay aquí una atmósfera de paz, que seduce... ¡Ah! Don Valeriano esto es el paraíso, el paraíso antes del pecado.

D. VALER. (Complacido) ¡Oh! Usted exagera... (A Doña Romana). Es un buen señor, ¿no es verdad Romana?

D.ª ROM. Sí. (En voz alta). Tengo que hacer; con permiso de usted...

D. JAIME. Señora; he tenido un honor...

D.ª ROM. (Marchándose). ¡Cómo finge el engañador!... (Mutis pabellón).

D. JAIME. (Aparte). Me teme y escapa.

D. VALER. Vaya, vaya. Veo que usted y mi hermana han simpatizado.

D. JAIME. ¡Oh! Hace mucho tiempo.

D. VALER. ¿Cómo?

D. JAIME. Iba á decir que hace mucho tiempo ella y usted no habrán inspirado más que simpatías.

D. VALER. ¡Oh! muchas gracias. Ese es nuestro deseo. Pues bien; ya conoce usted á casi toda mi familia. Ahora no llevará usted á mal que alguna vez le deje solo en casa.

D. JAIME. (Con rapidez). ¡Al contrario! (Rectificando). Es usted muy dueño...

D. VALER. Contando con esa benevolencia voy á salir á...

D. JAIME. ¡No se detenga! Por mí... no se detenga.

D. VALER. Pues, hasta luego señor Comandante.

D. JAIME. Adiós mi señor Don Valeriano. (Le acompaña hasta la puerta de la verja).

D. VALER. (Marchándose). ¡Oh! Este militar es un bellísimo sujeto. (Mutis).

ESCENA XVIII

DON JAIME

¡Qué casualidad! Mi Romana. La que me volvía loco en su cuartito de la calle Hortaleza. Pardiez y que enamorado andaba yo en aquel tiempo. Si no voy á Valencia... ¡caigo! ¡Me tenía hechizado!... Afortunadamente en Valencia estaba aquella zalamera Paquita que después se metió á monja ó á beata... ¿Qué habrá sido de aquella Paquita? (Sale Angela por la puerta de la tapia, con el delantal lleno de manzanas; despidiéndose de una persona que queda dentro) ¡Oh! El ángel otra vez. Tracemos la segunda paralela.

ESCENA XIX

DON JAIME, ANGELA y DOÑA ROMANA

(Doña Romana por el balcón cuando lo indica el diálogo).

ANGELA. Qué buena es la madre superiora. Todo el delantal de manzanas. (Viendo á Don Jaime). ¡Ah!

D. JAIME. Qué bonita. Parece usted la diosa Ceres antes de derramar los frutos sobre la tierra.

ANGELA. Voy con mi tía...

D. JAIME. Me prometió usted antes que no huiría de mí... Angela no sea usted ingrata.

ANGELA. ¿Ingrata?

D. JAIME. Usted no corresponde á los que la aman. Usted no devuelve cariño por cariño y simpatías por simpatías.

ANGELA. Sí, señor.

D. JAIME. ¿Seré yo entonces el único desgraciado?...

ANGELA. ¿Usted?... Pero si usted me resulta muy simpático.

D. JAIME. (Aparte). ¡Qué ingenuidad!... Es adorable.

D.ª ROM. (En el balcón). Él y Angela... Ay, me lo figuré.

D. JAIME. (Empezando el asedio). Angelita; no sea usted monja que eso es una crueldad.

ANGELA. ¿Por qué?

D. JAIME. Porque la celda es muy fría, el convento también es muy frío y usted, flor delicada, se marchitaría con tanta frialdad. ¡Y el mundo es tan bello!...

ANGELA. Pero es muy malo.

D. JAIME. Tiene flores y pájaros... amores y sonrisas...

D.ª ROM. (al paño) ¡La está enamorando!

D. JAIME. (tomando una manzana del delantal) Mire usted que bello fruto. El árbol que produjo ésto necesitó espacio, libertad, el abrazo del sol y el beso de la brisa. Si lo encerraran entre cuatro paredes moriría... Eso quiere usted hacer con su alma y las almas también necesitan... abrazos y besos.

D.ª ROM. (al paño) Su elocuencia es irresistible.

ANGELA. ¡Jesús!... Me voy á ir.

D. JAIME. No se vaya usted; quiero que olvide ese capricho. Es una lástima que usted tan joven, tan bella, piense en consagrarse á Dios... haciendo tanta falta á los hombres.

ANGELA. ¡Que cosas dice usted!

D.ª ROM. La fascina... Yo debo evitar... (desaparece del balcón).

D. JAIME. (en tono cada vez más dulce) Angela, échese usted un novio... aunque no sea yo... Verá usted cuantos arrullos... Él la adorará á usted, vivirá sólo para usted y se rizará el bigote sólo para usted.

ANGELA. ¡Jesús!... (queriendo librarse de la fascinación de D. Jaime suelta un pico del delantal y se vierten las manzanas) ¡Ay, se me han derramado!

D. JAIME. Ahora sí que parece usted la diosa Ceres. (Sale doña Romana).

D.ª ROM. ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí?

ANGELA. ¡Mi tita!

D. JAIME. ¡Romana!
D.ª ROM. Niña; retírate á tus habitaciones y llama á Juana.
ANGELA. Sí, señora... (marchándose pabellón) ¡Qué cosas dice... tan bonitas!

ESCENA XX

DON JAIME y DOÑA ROMANA

D. JAIME (Acercándose á Doña Romana y con acento suplicante) Romana...
D.ª ROM. Lo he oído todo. No pretenda usted disculparse.
D. JAIME. Romana... ¿Por qué me tratas con ese desvío?
D.ª ROM. (Retirándose con temor) Caballero... lo que ha hecho usted con mi sobrina...
D. JAIME Es caridad. Ella debe amar para no morir. Y tú también debes amar... para que no muramos los dos.
D.ª ROM. Caballero... usted no ha amado nunca.
D. JAIME. ¿Que no te he amado?... ¿No recuerdas ya mi pasión... mi idolatría... mis propinas al sereno de tu calle, nuestras citas...
D.ª ROM. ¡Ay! Retírese usted.
D. JAIME. No recuerdas ya el tiempo en que tanto latió mi corazón por tí... ¡Y aún late! mira. (Va á tomarla una mano.)
D.ª ROM. (Apartándose) ¡Jaime!... ¡Líbranos, Señor!
D. JAIME. Aún eres tú mi alegría, mi vida, mi tormento... (Sale Juana, Doña Romana que va perdiendo su valor, lo recobra).
D.ª ROM. ¡Ah; Juana!
D. JAIME. (Contrariado) Inoportuna.
JUANA. (Del pabellón) ¿Qué quiere usted, señorita?
D.ª ROM. Recoge esas manzanas que se han caído. (Juana lo hace y después hace mutis por donde salió).
D. JAIME (Con recato) Romana...

D.ª Rom. Caballero...

D. Jaime. (Muy tierno) ¡No seas cruel!...

D.ª Rom. (Aparte) ¡Ay! Me seduce... Voy á pedir fuerzas á la madre superiora. (A Don Jaime) Caballero... beso á usted la mano (Marcha hacia la tapia).

D. Jaime. (Siguiéndola) La mano, nó... Besa como en aquel tiempo... los labios.

D.ª Rom. ¡Jesús! ¡Qué concupiscente! (Mutis por la puertecilla).

ESCENA XXI

DON JAIME y LUISITO

(Aparece detrás de la verja y adelanta mirando recelosamente á todos lados)

D. Jaime. ¡Y se va también!... ¡Diablo, diablo! Qué hermosa está. (Reparando en Luís) ¡Hola, Luisito!

Luis. (Desde la puerta) ¿Puedo entrar?

D. Jaime. Pase usted, hombre tímido. Es usted el dueño de esta casa.

Luis. ¿Qué?... ¿Qué dice ella?... ¿Consiente en ser mía?

D. Jaime Pardiez ¡no la he pedido yo tanto!...

Luis. ¿Pero... no profesará?

D. Jaime Sí... profesará... mucho amor á su marido. Acabará por casarse.

Luis. ¿Conmigo?

D. Jaime. ¡Ó conmigo! Aunque lo más probable es que se case con usted.

Luis. ¡Déjeme usted que le llame padre!

D. Jaime. Tío nada más... Ah, dígame: ¿A dónde se va por aquí?

Luis. Al beaterio de las Teresianas.

D. Jaime. ¿De qué teresianas?

Luis. De las madres.

D. Jaime. ¡Ah! Yo creí que eran prendas de militar. (Recapacitando) ¿Teresianas?... Diablo; en esa orden

creo que entró Paquita... Nó... Sí... Me parece que conservo su última carta... Voy á ver... (Va á marcharse).

LUIS. Señor Comandante; no vaya usted á echar en olvido mi asunto.

D. JAIME. Cá, hombre. Tan pronto trace la tercera paralela puede usted entrar al asalto.

LUIS. A usted me entrego...

D. JAIME. (Marchándose pensativo) Sí; ó eran Teresianas... ó Leopoldinas. (Mutis segundo derecha.)

ESCENA XXII

LUISITO y ÁNGELA

ANGELA (Saliendo del pabellón) Ya han recogido las manzanas... (Reparando en Luis) ¡Ah, Luisito!

LUIS. ¡Ángela!

ANGELA. (Aparte) Qué tímido. No se parece al militar.

LUIS. (Acercándose después de mirar á todos lados) Tengo muchas cosas que decirte.

ANGELA. ¿Sí?... ¿De qué, Luisito?

LUIS. De... eso.

ANGELA. (Con alegre curiosidad) ¿Y qué es eso?

LUIS. (Aparte) No me atrevo.

ANGELA. Dí; ¿qué?

LUIS. De...

ANGELA. ¡Jesús! Nunca hablas más que con puntos suspensivos.

LUIS. Es que soy muy desgraciado. Tu papá me ha dicho que no vuelva más por esta casa.

ANGELA. ¿Por qué?

LUIS. Porque... dicen que te pervierto.

ANGELA. Sí; como eres tan atrevido...

LUIS. ¡Ya ves!... No pueden ser más injustos... Así es, que yo nunca tengo valor para...

ANGELA. ¿Para qué?

LUIS. Además; tú me cortas las alas. Si no quisieras ser monja...

ANGELA. ¿Qué harías?...

LUIS. Pues...(Tragando saliva) Esto debe decírselo el Comandante.

ANGELA. (Viendo salir á Don Valeriano por detrás de la reja) ¡Ay! ¡Mi papá viene!

LUIS. (Refugiándose en el pabellón) ¿Don Valeriano? (A Ángela desde la puerta) Ángela... me va á reñir si me ve... ¿Dónde me oculto?

ANGELA. (Después de vacilar) En el cuarto de la derecha. (Mutis Luisito. Sale Don Valeriano)

ESCENA XXIII

ÁNGELA y DON VALERIANO

D. VALER. La niña. ¿Qué haces aquí, Ángela?

ANGELA. Bajé... por... por las «Meditaciones.» (Aparte) ¡Jesús! ¡Qué mentira tan grande!

D. VALER. Bueno; vamos adentro... y á meditar mucho... Y el huésped, ¿le has visto?

ANGELA. Nó... no señor. (Aparte) ¡Ay, otra!

D. VALER. Mejor. Para el claustro no hacen falta amistades.

ANGELA. (Aparte) ¡El claustro!... ¡Qué cosa tan triste!

D. VALER. Pero... ¿no entras? ¿Qué esperas?...

ANGELA. Nada... nó, señor. (Marchándose hacia el pabellón) ¡Ay! ¿Cómo va á salir ahora Luisito?...

D. VALER. Vamos.

ANGELA. (Aparte) Haré ruido para que me oiga... (Mutis tras Don Valeriano. Luisito aparece en la ventana que da al público).

LUIS. ¡Me he metido en la boca del lobo!... (Escuchando). Ahora pasan para adentro... Escapemos. (Desaparece de la ventana. Aparecen en la puertecilla de la tapia Doña Romana y la Superiora).

ESCENA XXIV

SUPERIORA, DOÑA ROMANA y LUISITO

SUPER. (Sin salir) Vea usted si hay alguien.

D.ª ROM. No hay nadie. Puede usted entrar.

LUIS. (Que sale del pabellón, retrocede asustado) ¡Ah! Doña Romana. (Vuelve á la ventana).

D.ª ROM. Pues sí, madre. El impío persigue tenazmente á la niña.

LUIS. ¿Cómo voy yo á salir ahora de aquí?...

SUPER. Hermana, tiene usted que ver á ese libertino y hacer valer su autoridad.

D.ª ROM. ¿Yo?...

SUPER. Usted.

D.ª ROM. ¡Ay, madre! No le he dicho á usted todo. Es que además de perseguir á la niña... también me persigue á mí.

SUPER. ¿También á usted?... ¡Qué desenfreno! Hermana, castigue usted su atrevimiento.

D.ª ROM. ¡Ay! Así pretendo hacerlo. Pero es que ese mismo hombre me persiguió hace algunos años... y entonces no lo castigué... Yo era muy inocente... él muy seductor...

SUPER. No diga más. Todas sabemos lo que es un hombre seductor... Hermana, hay que sacar fuerzas de flaqueza para castigar á ese mahometano. ¿Cómo se llama ese monstruo?

D.ª ROM. Jaime Revilla.

SUPER. (Emocionada) ¡Ah! ¿Cómo ha dicho usted?

D.ª ROM. Jaime Revilla. Pero... qué le pasa á usted, madre?

SUPER. (Yendo á sentarse) Nada; un vahído... ¡Jaime!

D.ª ROM. (Mirando hacia la derecha) ¡Ay! Nombrándolo... aquí viene.

SUPER. ¡Santa Teresa bendita!... Yo no puedo verle.

D.ª ROM. Madre; quédese para darme valor.

SUPER. ¿Yo?... ¡Ay! Ahora no puedo pasar para el convento sin que me vea. (Entrando en el pabellón) Dígame donde me oculto.

D.ª ROM. Entre en el cuarto de la derecha. (Mutis la Superiora. Sale Don Jaime).

ESCENA XXV

DICHOS y DON JAIME

D. JAIME. ¡Ah! Está aquí mi encantadora Romana. (Avanza lentamente. Doña Romana está confusa).

SUPER. (Apareciendo en la ventana del pabellón) ¡Jesús, un hombre!

LUIS. ¡La Superiora!... ¿Qué trae por aquí, madre?

SUPER. ¡Ah! Luisito... Calle por Dios.

LUIS. Pero, madre... ¿de quién huye usted?

SUPER. Del... demonio, hijo. Calle usted.

D. JAIME. (Múy cerca de Doña Romana) Romana...

D.ª ROM. (Aparte) Desfallezco toda. Jaime... Caballero, retírese usted.

D. JAIME. ¡Jaime! Dime Jaime, como en aquel feliz tiempo... ¿Te acuerdas?

D.ª ROM. ¡Ay, calla!... Haga usted el favor de retirarse.

D. JAIME. ¡Ingrata! Porque fuí á Valencia en comisión del servicio, te creiste desligada de todos tus juramentos... Porque estuve dos meses condenado á no verte, me olvidaste... ¡Cruel!... ¡Pedro I!

D.ª ROM. (Aparte) ¡Ay, Dios mío! La Superiora enterándose... (á Don Jaime) Jaime...

D. JAIME. Así, bien mío.

D.ª ROM. (Revistiéndose de gravedad) Váyase usted; tengo que hacer... y usted...

D. JAIME. (Rogándola) De tú.

D.ª Rom. (Perdiendo las fuerzas) ¡Dios mío!...
D. Jaime. (Aparte, atusándose el bigote y la barba) Vacila...
Luis. (A la Superiora) Madre, ¿está usted oyendo?
Super. Sí... digo, nó. ¡No oigo!
Luis. El militar y Doña Romana se entienden.
Super. ¡Ay! Calle usted.
D. Jaime. Romana... Dime que volverá aquella época en que me decías al oído tantas cosas bonitas. (La toma una mano).
D.ª Rom. (Aparte) Y la Superiora oyéndolo todo... (á Don Jaime rogándole) Suelta, Jaime... suelta por nuestro amor.
D. Jaime. Así; ¡Por nuestro amor! ¡Benditos sean tus labios! (Besa su mano).
D.ª Rom. ¡Ah! ¡Qué atrevido!... No puedo continuar á su lado... (Escapa y vase por el pabellón).
D. Jaime. (Siguiéndola hasta la puerta) Romana...

ESCENA XXVI

DON JAIME, SUPERIORA y LUISITO

Luis. (A la Superiora) ¡Un beso, madre!... ¡Le ha dado un beso!
Super. Calle, hijo... yo no he oído nada.
D. Jaime. Escapó... (Vuelve y se sienta en un sillón donde queda pensativo). ¡Pardiez!... Creo que la amo demasiado.
Luis. Se ha marchado Doña Romana.
Super. Ha quedado él solo.
Luis. Madre, salgamos.
Super. ¡Jesús! Salir. No lo piense usted.
Luis. Pues yo voy á salir.
Super. ¡Ay, nó! No salga usted.
Luis. ¿Qué teme usted?
Super. Nada; pero no salga usted por Dios.
D. Jaime. (Recapacitando) Sí; ella vendrá á mis brazos... Es

cuestión de horas... ¡Ay! Me parece que la tía de Luisito va á perder la partida!

LUIS. Pero madre; que yo no puedo seguir aquí.

SUPER. Pero hijo; que yo no puedo salir.

LUIS. Saldré yo solo.

SUPER. Nó; no por Dios. (Sale Ángela por el pabellón).

ESCENA XXVII

DICHOS y ÁNGELA

ANGELA. ¿Se habrá ido ya Luisito?... ¡Ah! El militar. (Le ve abstraído y avanza sin hacer ruido).

LUIS. Pero madre, no sea usted tirana.

SUPER. Hay un recurso. Yo me voy adentro y usted puede salir.

LUIS. Sí, señora.

SUPER. Pero no diga usted que me ha visto.

LUIS. Bueno. (Desaparece de la ventana).

ANGELA. (Que ha llegado cerca de Don Jaime sin ser sentida). Señor militar...

D. JAIME. (Abrazándola sin fijarse en ella) ¡Pichona mía!

ANGELA. (Sorprendida) ¡Ah!

D. JAIME. (Fijándose) ¡Diablo!... ¿Es usted?...

ANGELA. ¿Quién creyó usted que era?

D. JAIME. Su tía... digo... el asistente.

ANGELA. ¿Y al asistente llama usted pichona?

D. JAIME. Nó... Sí; de sobrenombre... y ¿qué trae usted por aquí, linda niña?

ANGELA. Vengo á... (Viendo salir á Luisito por el pabellón) ¡Ah! Luisito.

LUIS. ¿Hay moros en la costa? (Sale).

D. JAIME. ¡Hola!... ¿Qué ha pasado?

ANGELA. Nada. Entró papá y como le tiene prohibido que venga... tuvo que esconderse.

D. JAIME. ¿Y usted le escondió?

ANGELA. Sí, señor.

D. JAIME. (Aparte) Esta es mi discípula. (á Luisito) Picarillo; ¿ya se arregló todo?

LUIS. Nó, señor.

D. JAIME. Y ¿á qué espera?... Vamos, hombre; ¡al asalto! (A Angela) Niña; Luisito tiene que decir á usted una cosa muy importante (A Luisito) Llévesela usted... á los medios.

ANGELA. ¿Tú... Luisito?

LUIS. (Decidiéndose) Sí, ven, no nos vayan á sorprender.

ANGELA. Vamos (Aparte) Ay; ¿qué será?

LUIS. (A D. Jaime) No me abandone usted, señor Comandante.

D. JAIME. Ande hombre. Yo voy detrás para darle valor. (Vanse los tres por la derecha segundo término).

ESCENA XXVIII

DOÑA ROMANA y SUPERIORA (Las dos trémulas)

SUPER. (Asomándose) No hay nadie. (Precipitada) Hermana, yo me voy al beaterio.

D.ª ROM. Se va usted... No se vaya usted sin auyentar á ese Luzbel.

SUPER. (Asustada) ¿Yo?

D.ª ROM. Haga usted que se modere...

SUPER. ¿Yo?... no puedo; yo no puedo. Hágalo usted hermana.

D.ª ROM. Yo no puedo tampoco. Me turbo á su lado...

SUPER. ¡Ay! Yo también... yo también me voy á turbar.

D.ª ROM. ¡Pobre Angela! Va á quedar á merced de ese seductor.

SUPER. Nó; yo diré á Don Valeriano lo que sucede; yo quedo en decírselo cuanto antes.

D.ª Rom. ¡Viene alguien!

Super. (Asustada) ¡Será él!... ¡Voy á mi celda! (Vase de prisa por la tapia. Sale Gil por el segundo término derecha).

ESCENA XXIX

DOÑA ROMANA y GIL

D.ª Rom. ¡Ah! Es el asistente.

Gil. La patrona.

D.ª Rom. ¡Ay! Por más que hago no puedo olvidarlo. (A Gil) Soldado... ¿Dónde está su amo?

Gil. Ahora mesmo está paseando por el jardín con una jovencita. La que estaba aquí endenantes.

D.ª Rom. (Aparte) Con Angela... ¡Qué voluble! De la tía á la sobrina... Yo debo evitar que la pervierta... (Marchándose segundo derecha). Sí; debo librarla de sus manos pecadoras (Mutis).

ESCENA XXX

GIL y JUANA

Gil. Allá va. No hace hora y media que hemos llegao y ya trae revolucionás á toas las del serso débil...

Juana. (Saliendo del pabellón) No está aquí... Militar; ¿no ha salido mi señora?

Gil. (Aparte) La doméstica. No va á ser mi amo solo... (A Juana) Su señora de usted, ángel mío, salió, me dejó dicho que no fuera usted á buscarla... que se estuviera usted un ratito conmigo.

Juana. Vaya ¡Mi señora iba á decir eso!...

Gil. (Acercándose) ¡Ingrátida! ¡Sin ganas que tenía yo de hablar una mijita con usté!

JUANA. ¿Para qué?

GIL. Para decirla al oído que me estoy cayendo de amores... y de debilidá. ¿Cuándo tocan aquí á rancho, sol de los soles?

JUANA. ¡Pobrecito!... Comerá usted, pero de lo otro...

GIL. De lo otro... también... (Pretendiendo abrazarla). Sea usté caritativa.

JUANA. Quieto ó... no le doy de comer.

GIL. (Abrazándola) ¡Qué me importa!... Si esto me alimenta á mí más que un pavo trufao. (Sale Don Valeriano del pabellón y ve el abrazo).

D. VALER. ¡Qué es esto!... El soldado abrazando á la criada... ¡Juana!

JUANA. (Huyendo por el pabellón) ¡Ay, mi señorito! (Mutis).

GIL. ¡Josús, el patrón!... Escurriremos el bulto pa la cocina! (Mutis).

ESCENA XXXI

DON VALERIANO, luego SUPERIORA

D. VALER. ¡Abrazándola!... ¡Qué descaro!... Al Comandante se lo he de decir... ¡Si lo hubiese visto la niña! ¡Ó Romana, que para el caso es lo mismo!... ¡Qué ejemplo!... (Deteniéndose en la derecha, segundo término). Pero... ¿qué veo? El Comandante y Romana charlando allí... ¡Y la tiene una mano cogida!... ¡Jesús! ¡Y allí Ángela hablando con Luisito de la misma manera!... ¿Qué pasa aquí? ¿Se han vuelto locas todas las mujeres de esta casa?

SUPER. (Asomándose por la puertecilla de la tapia) ¡Ah, está aquí... La Providencia le ha traído. (Llámandole desde la puerta) ¡Don Valeriano!

D. VALER. ¿Quién me llama?... ¡Ah! ¿Es usted, madre superiora?

SUPER. Sí, acérquese. Tengo que darle una noticia importantísima.

D. VALER. (Acercándose) ¿Una noticia?

SUPER. Su honor peligra. El militar que está aquí alojado va á robarle á usted su hija.

D. VALER. ¿Mi hija?

SUPER. Sí.

D. VALER. ¿Mi hija ó mi hermana?

SUPER. ¡Las dos!

D. VALER. (Retrocediendo estupefacto). ¡Cómo! (Sale Don Jaime por la derecha segundo término, con recelo).

ESCENA XXXII

DICHOS y DON JAIME

D. JAIME. Me ha parecido ver á Don Valeriano andando por aquí... ¡Diablo! Está con una madre.

D. VALER. ¡Las dos!

SUPER. Sí. Ese militar es un terrible seductor.

D. JAIME. ¡Pardiez!... ¿Quién será esa madre que se ocupa de mí?... (Avanza) ¡Es Paquita! (Sin poderse contener) ¡Paquita de mi alma!

SUPER. (Viéndole) ¡Él!... ¡Santa Teresa me valga! (Desaparece por la puertecilla de la tapia rápidamente).

D. VALER. ¡El Comandante!... ¿Qué es esto?... Caballero, ¿qué es esto?

D. JAIME. Pues... nada. Es que así empieza una canción:
«Paquita de mi alma...»
etcétera.

D. VALER. Conque etcétera... Caballero; ¡es usted un mal pupilo! Usted se dedica á seducir á mi hija.

D. JAIME. ¿Yo?... Cá, no señor.

D. VALER. Caballero; ¿va usted á negar que la ha enamorado?

D. JAIME. (Aparte) Hay que cantar de plano. (A Don Valeriano). No lo niego. Pero ha sido por cuenta de otro. (Acercándose al segundo término derecha y llamando). ¡Luisito!

D. VALER. ¿Por cuenta de otro?

D. JAIME. Sí, señor. Por unir dos corazones, de los cuales el uno amaba sin darse cuenta y el otro sin valor para decirlo.

D. VALER. Caballero; usted me engaña. (Salen Ángela y Luisito por la derecha, segundo término).

ESCENA ÚLTIMA

DON JAIME, DON VALERIANO, ANGELA y LUISITO
después DOÑA ROMANA

D. JAIME. (Cogiendo de las manos á Luisito y Angela) Vengan ustedes aquí.

ANGELA. (Asustada) Ay; mi papá.

LUIS. (Asustado) ¡Don Valeriano!

D. JAIME. (A los dos) No teman ustedes, que es nuestro... Vamos á ver Angela; ¿quién le ha dicho á usted que la va á llevar al altar?... Dígalo sin miedo.

ANGELA. Papá... Luisito.

D. VALER. ¡Jesús!

LUIS. Nos amamos, Don Valeriano.

D. VALER. Pero... ¿y las santas ideas?...

D. JAIME. ¡Qué mayor santidad!... «Amaos los unos... á las otras»... (A Luisito y Angela) ¡Vaya, sobrinos; á cumplir el precepto.

D. VALER. Pero, hombre, usted ha trastornado á la niña.

D. JAIME. Sí, señor; ¡por cuenta de otro! (Sale Romana y la ve don Valeriano).

D. VALER. ¿Y por cuenta de quién quiere usted trastornar á mi hermana?

D. JAIME. Por cuenta... mía. Nos amamos hace mucho

tiempo y... (Va por Doña Romana que ha quedado en segundo término y la trae de la mano). Pido á usted la mano de Doña Romana.

D.ª ROM. (Enternecida) Sí; Valeriano.

D. VALER. (En el colmo de la estupefacción) Pero, hijas, hijas mías; ¿no decían ustedes que iban á ser monjas?

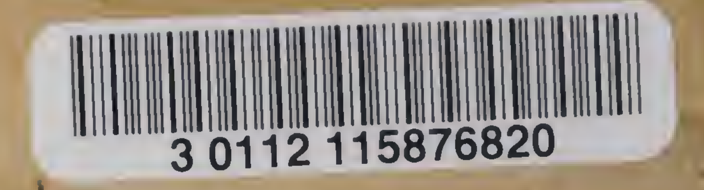
D.ª ROM. ¡Ay! Hemos comprendido que no tenemos vocación.

D. VALER. ¿De modo, que ya no profesáis?

D. JAIME. ¡Oh, sí, profesarán! Profesarán... mucho amor á sus maridos (Avanzando al proscenio).

Se convirtió en conquistado
Don Jaime el Conquistador
Y puesto que me ha casado
Dad un aplauso al autor.

TELÓN


3 0112 115876820